

ESPAIS

Notas sobre la historia intelectual argentina entre 1983 y la actualidad*

Paula Bruno

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

ABSTRACT

El presente artículo propone una aproximación general a los aportes de la historia intelectual en la Argentina de las últimas tres décadas. Se traza aquí un panorama –no exhaustivo pero sí significativo– del escenario que se definió hacia 1983 y de algunos de sus resultados por medio de la presentación de características y dinámicas de algunas empresas y figuras centrales del mundo historiográfico argentino. Con este objetivo, se muestran las innovaciones que se dieron para la configuración del escenario actual y las mismas se ponen en diálogo con algunos antecedentes y proyecciones historiográficas.

Paraules clau: historiografia argentina contemporànea, historia intelectual, figures y empreses intel·lectuals.

ABSTRACT

This article proposes a general approach to the contributions of the intellectual history in Argentina over the last three decades. The panorama is outlined here –not exhaustively but significantly– of the setting that was defined towards 1983 and of some of its results through the presentation of the characteristics and dynamics of some companies and central figures from the world of Argentinian historyography. With this objective in mind, we can witness the innovations that took place in the configuration of the current scene and those very same people who began to discuss some of its historiographical precedents and projections.

Key words: Contemporary Argentinian historyography, intellectual history, intellectual figures and companies.

* Escribí estas notas gracias al desafío propuesto por los animadores del GEHCI y de esta revista. Así pues, quiero agradecerles la gentileza de brindarme un espacio en su seminario y en esta prestigiosa publicación. Agradezco también los comentarios de Leandro Losada y José Zanca a versiones en proceso de este escrito.

I. Presentación

En estas páginas presento algunos rasgos de la historia intelectual en la Argentina de los últimos veintisiete años. Como todo esbozo general, éste no pretende agotar un escenario por demás variado y rico en sus manifestaciones. Dos aclaraciones suplementarias: centro la mirada, sobre todo, en figuras, empresas intelectuales y producciones que tienen como cuna o lugar de despliegue Buenos Aires; y, en segundo lugar, focalizo la atención en expresiones de la historia intelectual que vistas desde hoy pueden ser ya evaluadas por sus resultados. Es decir, no pretendo ofrecer un panorama completo o un inventario total de la vitalidad de esta franja de producción histórica en el país (si pretendiera hacerlo debería tener en cuenta todo el espectro de eventos y revistas académicas, la producción de tesis doctorales defendidas en estos años, la dinámica del mercado editorial en su conjunto, las políticas universitarias y de las agencias de ciencia y técnica, entre otros elementos), sino trazar un recorrido posible que permita conocer los aportes centrales de la historia intelectual argentina y a sus promotores destacados.

II. Un pasado para la historiografía actual

La historiografía que se consolidó en las últimas décadas se referencia – para dar continuidad en algunos casos y para diferenciarse en otros– con una etapa anterior de la historia de la disciplina que se perfiló en los años sesenta. Entre 1955 y 1966 se desplegó en Argentina un contexto de producción intelectual atravesado por una modernización cultural general. Las visiones historiográficas consideradas en la actualidad como clásicas y fundacionales sobre el pasado nacional surgieron en ese período, signado por la caída del segundo gobierno de Juan Domingo Perón.¹

La modernización intelectual de entonces encontró su correlato en los ambientes académicos asociados con la Universidad de Buenos Aires y en las producciones surgidas en su seno. En estos años, se concretaron investigaciones encuadradas en lo que se denomina entre nosotros «historia social», cuyos responsables son parte de un «grupo renovador»² que llevó adelante un

¹ Cfr. Oscar TERÁN, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

² Véase Luis Alberto ROMERO, «La historiografía argentina en la democracia: los

aggiornamento en la forma de conocer el pasado. Existe consenso a la hora de destacar que el Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, fundado por Gino Germani, y el Centro de Historia Social, dirigido por José Luis Romero, fueron los motores de esta renovación. Los científicos sociales relacionados con estos ámbitos y estas personalidades encarnaron un programa con rasgos definidos que pretendía modificar «la forma de funcionamiento global del proceso de producción historiográfica», a la vez que proponía «nuevos temas, enfoques, técnicas y métodos».³ A tono con un clima de época vigente a escala internacional, acompasado por los aportes de la Sociología Funcionalista, la Teoría de la Modernización, las diferentes vertientes del marxismo y *Annales*, la Historia comenzó a definirse como una ciencia social y el trabajo interdisciplinario pasó a ser parte de la agenda de estas figuras.

Los resultados de esta tendencia renovadora se evidenciaron en una pujante actualización de los estudios sociales. La Sociología pasó a ser una disciplina con la que la Historia se asoció felizmente y esta tendencia colaboró a que ambas ramas del saber se consolidaran.⁴ La utilización de variables analíticas y metodológicas provenientes de la Sociología, considerada como la ciencia social que debía dotar de teoría y método a la Historia, renovó las formas de pensar la sociedad argentina y su pasado, y organizó interpretaciones globales de algunos procesos históricos que, superando una narrativa histórica basada en el relato institucional-político (heredada por los miembros de la Nueva Escuela Histórica),⁵ dieron como fruto análisis totalizadores. Aunque la historia política

problemas de la construcción de un campo profesional», *Entrepasados*, año 5, n° 19, 1996, pp. 91-106.

³ Puede verse al respecto Eduardo MIGUEZ, «El paradigma de la historiografía económico-social de la renovación de los años '60, visto desde los años '90», en Fernando DEVOTO (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX* (II), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, pp. 12 y ss.

⁴ Cfr. María Estella SPINELLI, «La renovación historiográfica en la Argentina y el análisis de la política del siglo XX, 1955-1966», en Fernando DEVOTO (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX* (II), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, pp. 31 y ss.

⁵ Sobre la Nueva Escuela Histórica véase Alejandro CATTARUZZA, «La historia y la ambigua profesión de historiador en la Argentina de entreguerras», en Alejandro CATTARUZZA y Alejandro EUJANIAN, *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003, y Fernando DEVOTO y Nora PAGANO, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 139-200.

no perdió centralidad, en este marco cambió de signo al ponerse en diálogo con aspectos sociales y económicos. Temas de corte estructural y la intención de explicar la totalidad del pasado argentino por medio de un esquema que daba cuenta de la transición de una sociedad tradicional a una sociedad moderna fueron los ejes que sostuvieron las lecturas sobre las transformaciones políticas y económico-sociales de largo plazo.⁶ Así lo demuestran obras hoy clásicas, como *Política y sociedad en una época en transición* de Gino Germani⁷ y *Las ideas políticas en la Argentina* de José Luis Romero.⁸

El golpe de Estado de 1966 interrumpió este proceso de renovación y la inestabilidad política que marcó el ritmo de la vida argentina desde entonces no hizo más que profundizar la imposibilidad de desarrollo de esta tendencia. Los años que se desplegaron entre 1966 y 1983 estuvieron atravesados por un general oscurantismo de la vida cultural argentina. Durante la última dictadura, desde 1976, el contexto de represión generalizada que recayó fuertemente sobre estudiantes, profesores, intelectuales y la población en general colaboró a que ciertas tendencias que se habían ya dado luego de 1966, como la del exilio de intelectuales, se profundizaran. El «grupo renovador» que se consolidó en los sesenta vio interrumpidas sus labores y la Historia como disciplina quedó en manos de otras instituciones que se consolidaron en estas décadas. Las mismas, como destacó Tulio Halperin Donghi, circunscribieron el terreno histórico a «la dimensión institucional, que es aquella sobre la cual las fuentes utilizadas proporcionan datos que no requieren ninguna complicada manipulación y cuya presentación no exige tampoco un demasiado intenso esfuerzo interpretativo».⁹

Vista desde hoy, aquella tendencia surgida en la década de 1960, que legó análisis y relatos globales y que no logró consolidarse en los años

⁶ Véase al respecto Nuria TABANERA, «La transformación del sistema político oligárquico y los orígenes de la democracia en el Cono Sur: el ejemplo argentino», en Nuria TABANERA *et al.*, *Las primeras democratizaciones en América Latina: Argentina y Chile, 1880-1930*, Valencia, Universitat de València, 1997, p. 19.

⁷ Gino GERMANI, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1965.

⁸ José Luis ROMERO, *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998 (1956).

⁹ Tulio HALPERIN DONGHI, «Un cuarto siglo de historiografía argentina (1960-1985)», *Desarrollo Económico*, n° 100, febrero-marzo de 1986, p. 21.

posteriores, ocupa el lugar de una visión clásica o de referencia en la historiografía argentina. Como se puntualiza en la próxima sección, con el regreso de la vida democrática, ese foco de renovación pasó a ser un espejo en el cual mirarse para los historiadores profesionales que ocuparon espacios desde entonces. Ahora bien, ese oasis renovador no tuvo como prioridad de su agenda el tratamiento del mundo de las ideas, por lo tanto en el plano específico de la historia intelectual o cultural no se encuentra allí una cantera natural de referencias. Sin embargo, cabe hacer dos aclaraciones al respecto. La primera es que uno de los responsables de la renovación de los sesenta, José Luis Romero, manifestó un interés marcado por la historia cultural. Así lo demuestra una publicación que dirigió, *Imago Mundi*, y un libro que escribió en 1965, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina*. A su vez, este mismo historiador publicó años después *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas* (1976), una obra ejemplar de historia cultural que es hoy de referencia obligada.¹⁰ Por tanto, aunque no fue una prioridad para los historiadores de la renovación centrarse en la historia de las ideas y la cultura, se encuentra en uno de sus mentores un antecedente recuperable. La segunda cuestión que me interesa anotar es que, más allá del mencionado grupo renovador, se desplegó casi sin interrupciones, por lo menos desde la década de 1950 y hasta 1980, una tendencia de historia de las ideas, practicada, sobre todo, por estudiosos cuyo interés se centraba en el «pensamiento filosófico». En esta tendencia se pueden alinear varias obras y autores, menciono sólo algunas: Juan Carlos Torchia Estrada y *La filosofía en la Argentina* (1961), Coriliano Alberini y su *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en Argentina* (1966), Diego Pro y la *Historia del pensamiento filosófico argentino* (1973), Luis Farré y *La filosofía en la Argentina* (1981), entre otros.¹¹ Estos textos tuvieron entre sus objetivos dar cuenta de la historia del pensamiento argentino en el largo plazo

¹⁰ Sobre José Luis Romero véase Tulio HALPERIN DONGHI, «José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina», *Desarrollo Económico*, vol. 20, n° 78, 1980, pp. 249-274, y Carlos ALTAMIRANO, «José Luis Romero y la idea de la Argentina aluvial», en *idem*, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 77-104.

¹¹ Véase Hugo BIAINI, «Panoramas filosóficos globales», en AA.VV., *Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*, Buenos Aires, CICH, 1990, pp. 514-522.

y devinieron un pasado con el que los nuevos historiadores profesionales de la década de 1980, de alguna manera, tendrían también que medirse.

III. 1983: un renacer de la historiografía en Argentina

Con el regreso de la vida democrática en 1983 se produjo en el país una renovación de los ámbitos académicos, inscrita en una corriente general de regeneración del campo intelectual y de la sociedad toda. Como sintetizó Luis Alberto Romero: «hubo una irrupción en las instituciones oficiales –la Universidad, el CONICET [Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas], las áreas del gobierno dedicadas a la educación y la cultura– de quienes por mucho tiempo habían estado al margen de ellas, y un cambio que quería ser categórico de criterios de conducción político académica».¹² Desde estos ámbitos, historiadores con nuevos perfiles (muchos de ellos formados en tierras de exilio o en espacios intelectuales alternativos a los oficiales) comenzaron a concretar proyectos que renovaron profundamente las perspectivas historiográficas vigentes desde la década de 1960.

Simultáneamente, a escala internacional, como es sabido, desde fines de la década de 1970 se suscitaron debates y polémicas que afectaron a la disciplina histórica –y a las Humanidades y las Ciencias Sociales en general– cuestionando ciertos supuestos que, en las décadas anteriores, parecían ser aceptados por unanimidad. Los denominados «grandes paradigmas» hegemónicos –*Annales*, el estructuralismo, el marxismo y sus variantes– que articulaban las formas de hacer Historia en el período comprendido entre 1940 y 1980, aproximadamente, comenzaron a ser cuestionados e impugnados. Como es de conocimiento general, la caída del Muro de Berlín contribuyó a una debacle también rotunda de estos paradigmas explicativos.¹³

Este contexto internacional se yuxtapuso con la realidad nacional argentina configurada hacia 1983. El nuevo capítulo que se abría para la historiografía argentina –y para los ámbitos culturales en general– estuvo, entonces, signado por un contexto doble de renovación. Por un lado, luego de

¹² Luis Alberto ROMERO, «La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional», en *Entrepasados*, año 5, n° 19, 1996, p. 95.

¹³ Sobre este tema la bibliografía es copiosa. Como panorama general, puede consultarse: Gérard NOIRIEL, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Frónesis, 1997.

un período de oscuridad intelectual impuesto por la dictadura militar, se produjo una relectura crítica del pasado historiográfico del grupo renovador de los sesenta, con el objetivo de recuperar algunos de sus aportes y discutir otros. Por otra parte, se dibujó una ruptura con las corrientes de interpretación occidentales que habían sido paradigmáticas en las décadas anteriores y se propició una apertura a la recepción de nuevas tendencias historiográficas.

En este clima, estriado por condiciones locales de producción y por transformaciones generales de la historiografía occidental, diferentes personalidades comenzaron a gestar proyectos, cátedras y programas de investigación que, en un contexto de renovación institucional, funcionaron como ámbitos de consolidación y formación de recursos. Visto desde la actualidad, puede sostenerse que de las líneas historiográficas que comenzaron a desplegarse a comienzos de la década de 1980, es la de la «nueva historia política» la más consolidada. Destacadas personalidades del mundo historiográfico dieron forma a una renovación de este campo, entre las que sobresale Hilda Sabato. Numerosos análisis inscritos en la «nueva historia política» refutaron o matizaron ciertos supuestos esbozados por la visión tradicional consolidada en los sesenta y apuntaron a la exploración y el análisis de la gran cantidad de nexos existentes entre la sociedad civil y el régimen político. Esta historia política renovada se diferenció de la decimonónica por sus innovaciones metodológicas, por los variados objetos y por el amplio abanico de temáticas abordadas. La «cultura política» pasó a tener un peso determinante y se comenzaron a estudiar fenómenos como la consolidación de una esfera pública, las formas de sociabilidad política, el rol de la prensa periódica como medio de expresión de la opinión pública, la simbología y los imaginarios políticos, entre otros.¹⁴

Si desde nuestros días es indiscutible que la «nueva historia política» se consolidó como una tendencia con alta visibilidad, puede señalarse que, a otros ritmos y en el marco de circuitos de producción y circulación de conocimientos diferentes, la configuración del territorio de la historia

¹⁴ Véanse al respecto Hilda SABATO, «La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada», en Guillermo PALACIOS (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, Siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2007, pp. 83-94, y Paula ALONSO, «La reciente historia política de la Argentina del Ochenta al Centenario», *Anuario IEHS*, n° 13, 1998, pp. 393-418.

intelectual no fue menos contundente. Sin embargo, a diferencia de la historia política, los investigadores que se abocaron al mundo de las ideas, no forjaron sus visiones discutiendo y rechazando la renovación de los sesenta, ni anclándose en ella, dado que, como se señaló ya, la historia intelectual no había sido materia central de interés. Los promotores de la historia intelectual posterior a 1983 emprendieron las tareas de evaluar las tradiciones de historia de las ideas o del pensamiento en Argentina que no eran tan claramente reconocibles como antecesoras, y de encarar un proceso de actualización y puesta en diálogo con la historiografía a nivel internacional.

Esta intención se puede rastrear en balances, evaluaciones y programas que tomaron forma en la década de 1980 y comienzos de la siguiente. Me detengo en algunos de ellos. Entre los balances, se pueden mencionar los compilados en un volumen titulado *Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*.¹⁵ Las contribuciones allí reunidas permiten trazar algunas conclusiones sobre el terreno de la historia intelectual con la que se encontraron los historiadores al momento del advenimiento de la democracia. Éstas dan cuenta, sobre todo, de dos rasgos que se habían profundizado desde la década de 1950. Uno de ellos es disciplinar y remite a la predominancia de filósofos en los estudios sobre el pensamiento argentino. El segundo está vinculado con los contenidos de varias obras ya mencionadas en la primera sección, y se liga a climas de época que atravesaron América Latina. Es el caso de la propensión a hacer de la búsqueda identitaria nacional –y, en algunos casos, latinoamericana– el vector dominante de los análisis y de los recorridos históricos.¹⁶

En otro sentido, dichos balances destacaron las obras de algunas figuras que, entre los años sesenta y ochenta, habían emprendido caminos más bien solitarios, que podían recuperarse como antecedentes válidos para pensar en otra tradición de historia de las ideas en Argentina.¹⁷ En esta dirección

¹⁵ AA.VV., *Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*, Buenos Aires, CICH, 1990.

¹⁶ Para un balance crítico sobre este rasgo, véase Elías PALTI, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

¹⁷ Por ejemplo, Arturo ROIG, «Tres décadas de historia de las ideas: recuento y balance», en AA.VV., *Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*, Buenos Aires, CICH, 1990, pp. 535-548.

aparecen títulos como el ya referido *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas* de José Luis Romero (1976), así como *Ensayos sobre la Ilustración Argentina* (1962) y *La Crítica ilustrada de la realidad* (1982) de José Carlos Chiaramonte, *El pensamiento de Monteagudo* (1944) de Gregorio Weinberg, o *El Salón literario* (1959) de Félix Weinberg.

Estas reflexiones, entonces, miraban hacia el pasado, con tono de recuento y balance. Otros investigadores, en cambio, estuvieron más atentos a las transformaciones que los tiempos presentes auguraban. Destaco en este sentido dos contribuciones publicadas en el número 28 de la revista *Punto de Vista* en 1986, una de ellas de Hilda Sabato y la otra de Beatriz Sarlo. Con objetivos muy diferentes entre sí, estos textos permiten captar un clima de época. Sabato se interrogaba sobre las potencialidades y los límites de las vertientes historiográficas que comenzaban a aflorar en el contexto de declive de los paradigmas omniexplicativos.¹⁸ Basando su argumentación en un comentario sobre *La gran matanza de gatos* (edición en inglés de 1984 y en español de 1987) de Robert Darnton, planteaba reparos ante los debates suscitados en torno a los interrogantes y las incertidumbres suscitadas por el «giro lingüístico» y sus ecos. De hecho, entre las referencias mencionadas aparecen los nombres de Dominick La Capra Hyden White, Roger Chartier, Clifford Geertz y otros, todos ellos participantes de las polémicas vigorosas del momento. Complementariamente, la autora señalaba las dificultades para definir un campo y un objeto para la historia intelectual en un contexto en el que la multiplicación de objetivos de estudio y de métodos para abordarlos generaba un panorama de cierto caos. De este modo, daba cuenta de las discusiones sobre la «textualidad» y su relación con la «realidad histórica», sobre los extremos «textualistas» propiciados por el *linguistic turn*¹⁹ y acerca de los problemas para estudiar el mundo de las «representaciones» en su relación con las «prácticas». En suma, el artículo presentaba un mapa de las novedades y debates internacionales y mostraba cierto entusiasmo ante la «independencia» que textos como el de Darnton presentaban para atravesar rígidos límites disciplinares y convertir a la historia intelectual en un universo rico en matices. El artículo tiene, además, otro

¹⁸ Hilda SABATO, «La historia intelectual y sus límites», *Punto de Vista*, año IX, n° 28, noviembre de 1986, p. 28.

¹⁹ Sobre estos temas, puede consultarse Elías PALTÍ, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

mérito. Carlos Altamirano apuntó recientemente que este texto marca un hito en la historiografía argentina, dado que es en él donde aparece mencionada por primera vez la noción de «historial intelectual».²⁰

El otro artículo de 1986 al que quiero referirme es «Clío revisitada» de Beatriz Sarlo.²¹ Entiendo que si la contribución de Sabato da cuenta de la recepción de novedades, a la vez que de la inscripción en un clima de época caracterizado por las dudas que generó el pluralismo posterior a la caída de los grandes paradigmas, el de Sarlo plantea una mirada provocativa sobre las herencias del estructuralismo en la historia de la cultura. Aunque el texto avanza sobre varios carriles argumentativos, lo que me interesa resaltar es que, como en el caso del anterior artículo mencionado, en estas páginas hay una serie de referencias novedosas ligadas a lo que podría denominarse –de manera simplificada– la crítica cultural. Entre los nombres propios que Sarlo hace circular por su texto se cuentan Walter Benjamin, Raymond Williams y Roland Barthes. Referencias todas ellas que se han convertido hoy en obligadas para una franja de la producción de historia intelectual del país.

En suma, creo que, a modo de muestras, estos dos artículos –y seguramente algunos otros de comienzos de los ochenta– tuvieron el mérito de poner en diálogo el resurgir de la disciplina histórica a nivel nacional con las novedades, las ventajas y las incertidumbres generadas por las transformaciones historiográficas e intelectuales de Occidente. Como es sabido, las imágenes de crisis, caos, pluralismo, confusión y eclecticismo, por un lado, y de «redescubrimiento de», «regreso de», «fin de» y «nueva historia de», por otro, fueron dos caras de una serie recurrente de imágenes esgrimidas a la hora de reflexionar sobre el estado de las dinámicas y prácticas historiográficas en las décadas de 1980 y 1990.²² Se puede constatar en los aportes referidos que el ambiente intelectual argentino no se encontraba al margen de estas disputas, sino más bien trataba de estar a la altura de los tiempos.

²⁰ Cfr. Carlos ALTAMIRANO, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 9.

²¹ Beatriz SARLO, «Clío revisitada», en *Punto de Vista*, año IX, n° 28, noviembre de 1986, pp. 23-26.

²² Para una reseña acerca del panorama historiográfico actual y la discusión acerca de si el mismo está atravesando o no una crisis, puede verse, entre otros, Fernando DEVOTO, «Notas sobre la situación de los estudios históricos en los años noventa», *Cuadernos del CLAEH*, año IX, n° 71, 1994, pp. 43-52.

Junto a balances que pretendían mostrar tradiciones y antecedentes, y miradas atentas a los cambios coyunturales, se publicaron también en estos años textos de claro corte programático. Me detengo en dos breves contribuciones recogidas en la revista *Espacios de crítica y producción* en 1990. El primer ensayo es de Oscar Terán,²³ quien no dudaba en destacar que la Argentina estaba ahora inserta en un clima general en el que el interés por los «fenómenos simbólicos» asumía un peso destacado en el campo histórico, hecho que se veía traducido en «los estudios sobre las formaciones culturales, las series discursivas, o la historia intelectual». Daba cuenta, además, de la distancia que se podía registrar entre las miradas e interpretaciones economicistas de todos los fenómenos sociales arraigadas en los sesenta, y un nuevo clima para estudiar el mundo de las ideas. Pero, además de poner en diálogo el ámbito argentino con un contexto más general, apuntaba los límites de una tradición de historia de las ideas en Argentina que habría seguido un camino trunco no sólo por la discontinuidad y la dispersión generada en los años dictatoriales, sino también por obstáculos epistemológicos inherentes a su forma de entender el pensamiento nacional. Esta observación, que podría aplicarse a la mayoría de los libros mencionados párrafos arriba producidos entre 1950 y 1980, habría encontrado un límite al estar demasiado preocupada por desarraigar «presuntas esencias nacionales en el pasado argentino». Terán observa que esta opción –que contaba ya con antecedentes en ensayistas e intelectuales de las décadas anteriores a 1950– le habría restado historicidad a los análisis existentes y los habría colocado en el plano de las lecturas filosóficas de corte ontologista. Partiendo de esta observación crítica de las tradiciones posibles de recuperar, el autor proponía que desde «las fronteras móviles de la historia de las ideas» se plantearan estrategias productivas para pensar la cuestión nacional sin caer en el riesgo esencialista. Quiero destacar aquí que Terán asumió este desafío no sólo en el marco de sus obras, sino también frente a un ámbito de discusión privilegiado, el Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani», que comenzó con sus reuniones en 1987 y que continúa con ellas en la actualidad (hoy bajo el nombre «Oscar Terán» en su honor).

²³ Oscar TERÁN, «Apuntes sobre la historia de las ideas», *Espacios de crítica y producción*, n° 8-9, 1990-1991, pp. 1-2.

El segundo ensayo programático al que me refiero es de Carlos Altamirano, y lleva el elocuente título «Breve apología de la historia intelectual».²⁴ Allí, el autor saludaba un momento de florecimiento de la «historia de las ideas o historia intelectual», y señalaba varias obras publicadas en los años inmediatamente anteriores a 1990 (*La tradición republicana* de Natalio Botana, *José Hernández y sus mundos* de Tulio Halperin Donghi, *José Ingenieros: pensar la nación* de Oscar Terán, y dos libros llamados «de frontera» –dado que sus autores se encontraban más ligados al terreno de la crítica literaria–: *Una modernidad periférica* de Beatriz Sarlo y *El discurso criollista* de Adolfo Prieto). Argumentando sobre la diversidad temática y metodológica presente en estos libros, Altamirano se encargaba de puntualizar que todos ellos aportaban ricas interpretaciones sobre los procesos de modernización y modernidad del país y, con un tono performativo, resaltaba la necesidad de «defender esta perspectiva amplia y de límites imprecisos de la historia intelectual, más inclinada a promover la invasión de distintos territorios de la cultura que a marcar los bordes de su ámbito disciplinario». Esta actitud permitiría, desde su perspectiva, alejar a la historiografía argentina de la historia de las ideas heredada de las décadas anteriores, muy ligada a la afirmación de «los atributos de la conciencia nacional». En este punto llegaba a una conclusión convergente con la de Terán.

Evaluando en paralelo los textos de Altamirano y Terán, puede destacarse que parecían ser dos los desafíos para el porvenir: 1) alejar del terreno de la historia intelectual las urgencias de la agenda impuesta por el vector identitario nacional; y 2) propiciar el despliegue de una historia intelectual en la que la pluralidad de perspectivas, aportes disciplinares y objetos de estudio se tradujera en una convivencia positiva para la conformación de una zona historiográfica que estaba claramente en construcción.

IV. Dos hitos en la historia intelectual argentina

Argumento en esta sección que hacia mediados de la década de 1990 tuvieron lugar dos hitos que ilustran de manera elocuente una torsión hacia la consolidación de ciertos espacios, grupos y empresas de producción ligados a la

²⁴ Carlos ALTAMIRANO, «Breve apología de la historia intelectual», *Espacios de crítica y producción*, n° 8-9, 1990-1991, pp. 3-5.

historia intelectual. El primero: en 1996 se publicó un libro titulado *Las ideas y sus historiadores* en el que se reunieron entrevistas a un grupo de investigadores argentinos, en las que se les preguntaba sobre sus formaciones y sus fuentes de influencia al momento de estudiar el mundo de las ideas y las representaciones. Bajo la idea de crear «fuentes documentales para una futura historia intelectual de un fragmento de campo en estos años 90» se realizó una encuesta y se recogieron en un volumen sus resultados.²⁵ Un estudio preliminar de Roger Chartier muestra allí que la historia intelectual en Argentina, al menos vista a través de los testimonios, contaba con ciertos rasgos particulares. Subrayaba los siguientes: la confluencia de tradiciones muy diversas entre sí –desde la historia del pensamiento filosófico y la ensayística hasta la historia de la cultura y la *histoire des mentalités*–; la escasa presencia de la «historia de los conceptos» y el psicoanálisis; la recepción muy parcial y sesgada de los desafíos del *linguistic turn*, entre otros.²⁶ Por último, el historiador francés celebraba la conformación de un espacio de producción totalmente proteico en el que la diversidad y la dispersión no se traducían en caos, sino que auguraba un camino de consolidación basada en el pluralismo como virtud.

Apenas un año después, en 1997, tuvo lugar el otro evento al que quiero referirme. Ese año se publicó el primer número del anuario *Prismas. Revista de historia intelectual*. Se presentaba en sociedad especificando que «el campo de estudios habitualmente identificado con el nombre “historia de las ideas” conoce un renovado interés en el ámbito teórico internacional» y celebrando un momento en el que «la pluralidad de abordajes de este objeto de estudio (ideas, mentalidades, artefactos culturales, etc.) ha vuelto a llamar la atención del análisis histórico».²⁷ En esta presentación de la revista se pone el acento en la interdisciplina como un camino productivo y en «la importancia dada a lo simbólico en las ciencias sociales». Estas palabras, a juzgar por los índices de los 13 números publicados en la actualidad, cristalizaron en un programa que

²⁵ Alejandro HERRERO y Fabián HERRERO, *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1996.

²⁶ Roger CHARTIER, «El espejo invertido», en Alejandro HERRERO y Fabián HERRERO, *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1996, pp. 11-21.

²⁷ Véase *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 1, 1997, presentación.

continúa cumpliendo sus objetivos. En el consejo de dirección de la revista confluyeron Carlos Altamirano, Adrián Gorelik, Jorge Myers, Elías Palti y Oscar Terán, todos ellos parte del Programa de Historia Intelectual afincado en el Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes, y animadores y participantes, a la vez, del Programa de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura en la Argentina con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

La presencia pública de los investigadores que se reunieron en la empresa editorial *Prismas* dio forma acabada a una caja de resonancia para la historia intelectual argentina. La traducción de este fenómeno es visible en la producción individual de cada uno de ellos,²⁸ pero cuenta también con manifestaciones de carácter colectivo. Así, por ejemplo, en el evento académico de mayor tradición de la disciplina histórica en Argentina –las llamadas Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, que se celebran bianualmente y tendrán su edición número XIII en el 2011– albergó en varias de sus ediciones una mesa temática coordinada por Carlos Altamirano y Oscar Terán, y con otros miembros del grupo como comentaristas o ponentes. A su vez, estos investigadores promocionaron una serie de eventos académicos que lograron reunir a especialistas nacionales e internacionales en temas afines a la historia intelectual. Así lo constatan los trabajos reunidos en el número 1 de la revista, que son producto de las Primeras Jornadas «Ideas, intelectuales y cultura. Problemas argentinos y perspectiva sudamericana» (realizadas en la Universidad de Quilmes en 1995); los compilados en el número 3 de 1999, que habían sido ponencias en un simposio del Congreso de LASA (Latin American Studies Association) realizado en Chicago en 1998, bajo el título: «Problemas de Historia Intelectual»; y, para mencionar un tercer ejemplo, las contribuciones reunidas en el número 10 de la revista, que conforman un dossier sobre la clásica obra de referencia *La ciudad letrada* de Ángel Rama. Por su parte, los dos investigadores más consolidados de *Prismas* cuentan también con una presencia notable en el mundo editorial. Oscar Terán fue hasta su fallecimiento, en 2008, el director de una colección titulada elocuentemente «La ideología argentina» de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes y coordinó la obra colectiva

²⁸ Parte de ella puede verse en las notas al pie de este ensayo.

Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano;²⁹ mientras que Carlos Altamirano dirige la colección «Intersecciones» en la mencionada editorial universitaria y la colección «Metamorfosis» en la casa editora Siglo XXI. Altamirano es el director, además, del proyecto *Historia de los intelectuales en América Latina*.³⁰ También en los ámbitos universitarios la presencia de los miembros de este grupo es significativa. De hecho, por citar un ejemplo, casi todos los mencionados, y otros investigadores cercanos o de generaciones más jóvenes, son o han sido profesores de la Cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano del Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Pero retomo el lente que es la empresa editorial *Prismas* para terminar de caracterizar a este grupo y su accionar. Si el número 1 de la revista se presentaba con la intención de consolidar una franja de producción historiográfica, es posible aventurar que el éxito de este programa descansó en la elección de haberse apoyado sobre principios pluralistas y en la intención de no atarse a dogmas y definiciones disciplinares rígidas. Este hecho queda constatado en el gesto mismo de celebración de los diez años de la revista. En el número 11 puede verse una «Encuesta sobre historia intelectual» que fue respondida por estudiosos de renombre internacional y nacional (Martín Jay, Peter Burke, Stefan Collini, Marcelo Jasmin, Charles Hale, Annick Lempérière, Rafael Rojas, Maria Alice Rezende de Carvalho, Darío Roldán, Fernando Devoto, José Carlos Chiamonte y Lila Caimari) y que reúne miradas muy diferentes entre sí sobre el «deber ser» de este terreno historiográfico.³¹

Pero, aunque indiscutiblemente la presencia de *Prismas* y de sus mentores y promotores se ha convertido hoy, a la vez, en un faro y en un polo para quienes se identifican con la historia intelectual en el país, la misma no agota el panorama. Ciertamente, otros tantos investigadores de distintas

²⁹ Oscar TERÁN, *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

³⁰ Carlos ALTAMIRANO (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo I, *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Jorge Myers (editor de volumen), Buenos Aires, Katz Editores, 2008.

³¹ Véase «Dossier: Encuesta sobre historia intelectual», *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 11, 2007, pp. 149-218.

generaciones podrían filiarse con la historia intelectual y han contribuido a dar forma a lecturas ricas y matizadas sobre el mundo de las ideas en la Argentina. Menciono sólo algunos referentes indiscutidos. Entre los historiadores: Tulio Halperin Donghi, Natalio Botana, José Carlos Chiaramonte y Fernando Devoto; entre las figuras más cercanas a la crítica literaria: David Viñas, Noé Jitrik, Adolfo Prieto y la ya mencionada Beatriz Sarlo. En el mismo sentido, empresas editoriales –como la colección publicada por la editorial Ariel y dirigida por Tulio Halperin Donghi, «Biblioteca del Pensamiento Argentino»–, otras cátedras, emprendimientos culturales y obras han contribuido a dar forma a la historia intelectual de la Argentina de nuestros días. Sin embargo, ninguna otra experiencia es tan contundente en la combinación de trayectorias y obras individuales con programas de corte colectivo como la del grupo que sostiene *Prismas*. Puede destacarse, entonces, que es una empresa que vertebra una parte significativa del territorio de la historia intelectual y que, por lo tanto, es una referencia indiscutida.

V. Algunas «familias» temáticas y cierre

Hasta aquí me referí a figuras, obras y empresas. Es posible también dar cuenta de la amplitud del territorio de la historia intelectual por medio de una muy esquemática caracterización de algunas «familias» temáticas –no creo pertinente hablar de corrientes o escuelas historiográficas en un sentido rígido, dado que agrupo aquí producciones que comparten intereses, aunque no siempre marcos interpretativos o metodologías– que se desplegaron desde 1983 hasta nuestros días en esta fértil zona.

Un primer foco de interés es el centrado en los «padres fundadores» que conformaron lo que en Argentina se conoce como la «generación del 37». Se trata de un grupo de publicistas –entre los que se destacan Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Bartolomé Mitre– que propuso distintas fórmulas para proyectar la construcción del Estado, la sociedad civil y la nación, y acompasó la historia argentina entre las décadas de 1830 y, aproximadamente, de 1980.³²

³² Sobre la generación del 37 y sus exponentes véase Jorge MYERS, «La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas», en Noemí GOLDMAN (dir.), *Revolución, República, Confederación*, col. Nueva Historia Argentina, tomo III, Bs. As., Sudamericana, 1998, pp. 381-445;

Una segunda zona de concentración de estudios gira en torno al interés por el «positivismo» y la «cultura científica», y sus efectos en el contexto de la modernización ocurrida en el pasaje del siglo XIX al XX (definido por la configuración de una sociedad plural ritmada por la inmigración, las preocupaciones por la construcción de la identidad nacional, la aparición de la cuestión obrera y/o social, y los desafíos vinculados con la apertura política). Desde la década de 1980, los investigadores interesados en estudiar los climas culturales argentinos hicieron del rastreo y el estudio de ideas positivistas su fin privilegiado y, prácticamente, excluyente.³³ Merece aquí una mención especial el tratamiento que Oscar Terán dio a los intelectuales adscritos al clima positivista. Durante décadas, utilizó el rótulo positivismo para dar cuenta de trayectorias individuales y tendencias de pensamiento, y se puede pensar en una línea historiográfica que lleva su sello.³⁴ Ya a comienzos de la década de 2000, el mismo historiador optó por reemplazar el rótulo «positivismo» por la tipificación «cultura científica», que no es considerada única ni excluyente en el ámbito de la intelectualidad argentina finisecular.³⁵ De hecho, los aportes de las dos últimas décadas muestran la existencia de esta floreciente cultura científica y se detienen en sus diversas expresiones: las Ciencias Sociales, el ensayo positivista, los estudios históricos atravesados por

Elías PALTÍ, *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Eudeba, 2009; Fabio WASSERMAN, «La Generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, 3ª serie, n° 15, 1º semestre de 1997, pp. 7-34; Fabio WASSERMAN, *Formas de Identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la Generación de 1837*, Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani», Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1998.

³³ Para un balance sobre esta tendencia me permito remitir a Paula BRUNO, «Lecturas sobre la vida intelectual en la Argentina de entre-siglos», Documento de Trabajo n° 49, Buenos Aires, Universidad de San Andrés/Departamento de Humanidades, 2009.

³⁴ Me refiero a las siguientes obras de Oscar TERÁN: *América Latina: positivismo y nación*, México, Editorial Katún, 1983; *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986, y *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

³⁵ Véase Oscar TERÁN, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Derivas de la «cultura científica», Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

las nuevas tendencias científicas, y los efectos de estos climas en las reformas, propuestas e instituciones puestos en marcha en Argentina en el contexto de la modernización.³⁶

Una tercera familia está claramente definida alrededor de los problemas de la cuestión nacional, la nacionalidad y los nacionalismos. A tono con las tendencias historiográficas internacionales en las que las preguntas sobre las naciones y el nacionalismo se fortalecieron,³⁷ pero también concentrando la atención en las características particulares de la cuestión nacional y el nacionalismo en un país cuya estructura social, por la sustancial presencia de inmigrantes, tiene notorias marcas de pluralidad, los estudios que se detuvieron en el análisis de estos procesos constituyen una franja rica y variada de la historiografía argentina. La «cuestión nacional» y la formación de identidades ha sido estudiada para el período comprendido entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, el momento en el que la Argentina recibió inmigración masiva.³⁸

³⁶ En esta dirección pueden consultarse: Carlos ALTAMIRANO, «Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la “ciencia social” en la Argentina», en Federico NEIBURG y Mariano PLOTKIN (comps.), *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 67-106; Eduardo ZIMMERMANN, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890/1916*, Buenos Aires, Sudamericana/UdeSA, 1995; Eduardo ZIMMERMANN, «Racial Ideas and Social Reform: Argentina, 1890-1916», *Hispanic American Historical Review*, vol. 72, n° 1, febrero de 1992, pp. 23-46; Ricardo SALVATORE (comp.), *Reformadores sociales en Argentina, 1900-1940: discurso, ciencia y control*, Buenos Aires, Instituto Di Tella/Centro de Investigaciones Sociales, 1992; Darío ROLDÁN, Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993; Tulio HALPERIN DONGHI, «La historiografía: treinta años en busca de un rumbo», en Gustavo FERRARI y Ezequiel GALLO (comps.), *La Argentina: del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 829-840.

³⁷ La bibliografía sobre estos temas es copiosa. Puede verse como panorama general Elías PALTI, *La nación como problema. Los historiadores y «la cuestión nacional»*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

³⁸ Pueden verse las siguientes obras de esta tendencia: Lilia Ana BERTONI, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; Mónica QUIJADA, Carmen BERNARD y Arnd SCHNEIDER, *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Humanidades. Instituto de Historia. Departamento de Historia de América, 2000, y Lucía LIONETTI, *La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la república (1870-1916)*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007.

También se ha abordado el período de formación inicial del nacionalismo, datado en 1910, en el momento del Centenario de la Revolución de Mayo, y a figuras intelectuales que colaboraron en la construcción de relatos oficiales sobre la nación, orientados a cimentar una identidad cohesionada y aglutinante. Otras miradas reflexionaron sobre la transición del «nacionalismo cultural» del Centenario al «nacionalismo autoritario» palpable en los prolegómenos del golpe de Estado de 1930.³⁹ Complementariamente, ciertos estudios se concentraron en el «nacionalismo de derecha» y otros que, en cambio, concibieron el nacionalismo como una empresa política.⁴⁰ A ellos vale sumar, por último, los análisis que, avanzando en el recorrido histórico por el siglo XX, pensaron los derroteros del ideario nacionalista, sus torsiones y sus vinculaciones con las tendencias internacionales.⁴¹

Un cuarto núcleo que reúne varios trabajos históricos es el concerniente a las relaciones entre los intelectuales y el peronismo o el postperonismo, y el mundo intelectual de los sesenta.⁴² Más allá de los trabajos pioneros, se

³⁹ Véanse Eduardo CÁRDENAS y Carlos PAYÁ, *El primer nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978; María Inés BARBERO y Fernando DEVOTO, *Los nacionalistas (1910-1932)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983; Elena PIÑERO, *La tradición nacionalista ante el peronismo, itinerario de una esperanza a una desilusión*, Buenos Aires, AZ Editora, 1997.

⁴⁰ En el primer sentido Marysa NAVARRO GERASSI, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969, y en el segundo Enrique ZULETA ÁLVAREZ, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, 2 vols.

⁴¹ Para una muestra variada y con acentos diferentes pueden verse: Fernando DEVOTO, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; Olga ECHEVERRÍA, *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2009; Daniel LVOVICH, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003; Sandra MCGEE DEUTSCH, *Las Derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile. 1890-1939*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2005; Diana QUATTROCCHI-VOISSON, *Los males de la memoria. Historia y política en Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995; David ROCK, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993; entre otros.

⁴² Véanse las siguientes obras: Oscar TERÁN, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Silvia SIGAL, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Carlos ALTAMIRANO, *Peronismo y cultura de*

publicaron en los últimos años contribuciones que estudian los itinerarios de intelectuales que compartieron un clima de ideas atravesado por los cambios nacionales, latinoamericanos y mundiales que tuvieron lugar en la década de 1960.⁴³ Las figuras y empresas ligadas a las ciencias sociales y otras disciplinas durante ese período, por su parte, también han sido objeto de investigaciones recientes.⁴⁴

Algunas otras franjas de producción historiográfica cuentan asimismo con un despliegue considerable. Sobresalen los estudios sobre intelectuales y cultura católica,⁴⁵ las contribuciones sobre el período de entreguerras,⁴⁶ los estudios de historia cultural urbana⁴⁷ y aquellas referidas a las tradiciones intelectuales de izquierda en Argentina.⁴⁸

izquierda, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

⁴³ Véanse entre ellos: Claudia GILMAN, *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; Andrea GIUNTA, *Vanguardia, internacionalismo y política: arte argentino en los años sesenta*, Buenos Aires, Paidós, 2001; Ana LONGONI y Mariano MESTMAN, *Del Di Tella A Tucuman Arde. Vanguardia artística y política en el 68 Argentino*, Buenos Aires, El Cielo Por Asalto, 2000.

⁴⁴ Entre ellas: Alejandro BLANCO, *Razón y Modernidad. Gino Germani y la Sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006; Mariano BEN PLOTKIN, *Freud en las Pampas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003; Federico NEIBURG, *Los Intelectuales y la invención del Peronismo. Estudio de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza, 1998; Federico NEIBURG y Mariano PLOTKIN (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

⁴⁵ Entre ellos José ZANCA, *Los intelectuales católicos y el fin de la Cristiandad: 1955-1966*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica/Universidad de San Andrés, 2006.

⁴⁶ Luego de la obra pionera de Beatriz SARLO, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, varios estudios se detuvieron en la cultura de entreguerras. Entre ellos Sylvia SAÍTTA, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década del '20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; Rosalie SITMAN, *Victoria Ocampo y Sur*, Buenos Aires, Lumiere, 2003; entre otros.

⁴⁷ Se destacan en esta línea los aportes de Adrián GORELIK, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, y *Miradas sobre Buenos Aires: historia cultural y crítica urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004. Adrián Gorelik, además, dirige la colección «Las ciudades y las ideas» de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, que ha publicado varios libros sobre historia cultural urbana.

⁴⁸ En este punto es necesario remitir a una empresa vertebradora de estudios ligados a la cultura de izquierda en Argentina, me refiero al Centro de Documentación e

De este panorama historiográfico se desprende que el escenario es de fragmentación y diversidad. Ahora bien, este diagnóstico habilita, por lo menos, a tres pronósticos no del todo convergentes. Por un lado, puede sostenerse con tono apesadumbrado que, ante la caducidad y el agotamiento de los paradigmas hegemónicos y la no irrupción de nuevos esquemas totalizadores o aglutinantes que doten de sostén y coherencia a la proliferación de nuevas tendencias, la dispersión y la fragmentación reinan a la hora de poner en práctica metodologías, definir objetos e incluso anclar las interpretaciones en coordenadas teóricas.⁴⁹ En segundo lugar, con acentos más descriptivos, puede destacarse que las propias dinámicas profesionales que se desarrollaron desde 1983 condujeron a una diversidad, e incluso una fragmentación, que no es exclusiva de la historia intelectual, sino una marca general de todo el campo historiográfico.⁵⁰ Por último, se pueden evaluar de manera optimista los rasgos del mosaico historiográfico reseñado. En esta dirección, en un texto posterior al ya comentado, Carlos Altamirano, señalaba aún en tono programático: «no creo que el objeto de la historia intelectual sea restablecer la marcha de ideas imperturbables a través del tiempo. Por el contrario, debe seguirlas y analizarlas en los conflictos y en los debates, en las perturbaciones y los cambios de sentido que les hace sufrir su paso por la historia».⁵¹ El mapa aquí trazado en sus coordenadas generales parece responder fructíferamente a esta caracterización y permite destacar que la convivencia de tendencias y formas de abordaje se traduce hoy en un pluralismo en el que la diversidad es una herramienta para potenciar y enriquecer la historia intelectual.

Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI).

⁴⁹ Para una discusión sobre este punto pueden verse Roy HORA, «Dos décadas de historiografía argentina», *Punto de Vista*, n° 69, 2001, pp. 42-48, e Hilda SABATO, «La historia en fragmentos: fragmentos para una historia», *Punto de Vista*, n° 70, 2001, pp. 41-48.

⁵⁰ Un debate que toca parte de estos argumentos puede seguirse en Ema CIBOTTI, «El aporte en la historiografía argentina de una generación ausente: 1983-1993», *Entrepasados*, n° 4-5, 1993, pp. 7-20, y Roy HORA y Javier TRÍMBOLI, «Las virtudes del parricidio en la historiografía. Comentario sobre la mirada de Ema Cibotti a la “generación ausente”», *Entrepasados*, n° 6, 1994, pp. 89-99.

⁵¹ Carlos ALTAMIRANO, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 11.